



Anadia, la Ciudad Sumergida

JOSEP FRANCO



Sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright, queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático. Podrán emplearse citas literales siempre que se mencione su procedencia.



Ilustración
Gustavo Otero



Diseño
Alfonso Méndez Publicidad

Maquetación
Covadonga del Rosal

Fotomecánica
S.G.I.

Impresión
Brosmac, S.L.
Villaviciosa de Odón (Madrid)
Depósito legal:

ISBN: 978-84-95280-38-1

© Josep Franco

© de la edición en castellano
DYLAR Ediciones



Anadia, la Ciudad Sumergida

JOSEP FRANCO

 **DYLAR**
ediciones

Josep Franco



Josep Franco (Sueca, 1955) ha publicado un número considerable de libros, algunos de los cuales han sido traducidos a diversas lenguas; además de novelas y narraciones dirigidas al público lector general, ha escrito libros para niños y jóvenes, como *Ulisses, el meu gat*, *Quatre històries d'animals* o *El misteri de l'aigua*, aunque su novela más conocida es *L'últim roder* (El último bandolero), que ha superado ya las veinte ediciones. Su literatura se basa en la tradición oral y mitológica de las culturas mediterráneas, sobre todo, y también en las virtudes que le gustaría que compartiéramos todos los humanos.

Rellena tu ficha



El autor de *Anadia, la ciudad su-*
mergida se llama

.

De los libros que ha publicado
algunos han sido traducidos . . .

.

Ha publicado libros para jóvenes
y niños, como

.

. ,

aunque su novela más conocida
es



Una tormenta

El cielo de la tarde se vistió de luto. Desde el mediodía, unas nubes negras y densas, que avazaban lentamente desde el mar hacia el interior del país, como un ejército de fantasmas tóxicos, se habían ido congregando sobre Anadia como los buitres sobre la carroña. En el crepúsculo, mientras las partículas de *smog* empezaban a cubrir con un sutil velo gris la gran metrópolis, los anadianos miraban el cielo con inquietud, porque los meteorólogos de todas las cadenas de televisión habían anunciado que aquel fin de semana luciría el sol y, como siempre que todas las cadenas de televisión se ponían de acuerdo en algo, la realidad era exac-

tamente la contraria. Por eso los peatones caminaban de prisa, ansiosos por alcanzar la seguridad de sus domicilios.

En las espaciosas avenidas del centro de la ciudad, los vehículos que regresaban de las factorías del extrarradio o los que huían hacia las urbanizaciones exteriores formaban una lenta procesión que avanzaba desganadamente en todas direcciones, como hormigas monstruosas y desorientadas. Los conductores, víctimas de un creciente nerviosismo causado por su encierro en aquellas cárceles de acero y plástico, formaban un escándalo terrible con las bocinas de sus coches porque las emisoras de radio, esta vez sin miedo a equivocarse, anunciaban la descarga inmediata de una cantidad de lluvia considerable; es decir: que iba a llover a cántaros.

Pero aquel desagradable ruido, lejos de contribuir a mejorar la situación, solamente conseguía apagar los silbidos de los guardias cibernéticos que, con sus circuitos al borde del colapso, se

esforzaban, inútilmente, para tratar de mantener el orden. Aunque lo peor no había llegado aún: todos sabían perfectamente que, como siempre que llovía, el centro de la ciudad se convertía en un infierno.

Como todos los viernes, aproximadamente a la misma hora, Ida regresaba del liceo con la alegría y la satisfacción de haber superado una larga semana de trabajo y estudio, y en sus ojos de miel se reflejaba, como siempre, la curiosidad. Se sentía ávida de saborear el marmagnum de sensaciones agris dulces, que constituían la sal de la vida en aquella gran ciudad, a caballo entre el mar y las primeras estribaciones de la sierra. Una ciudad que mucha gente consideraba inhumana pero que IDA amaba sin reservas; sobre todo porque era la suya, pero también porque sabía que aquella imponente aglomeración de vehículos, edificios, robots, ruidos, coches, anuncios y personas era, precisamente, la humanidad.

Le gustaban los ruidos porque le permitían apreciar mejor el silencio

aterciopelado que reinaba en la hiperbiblioteca del centro cultural, donde pasaba muchas horas leyendo, particularmente libros dedicados al estudio de las mitologías clásicas, y donde había visto tantas y tantas películas, antiguas y modernas, relacionadas con aquel tema que la apasionaba porque, a pesar de los siglos transcurridos desde entonces, las aventuras de los dioses, de los héroes, de las ninfas o de los frágiles mortales conservaban aún todos los atractivos que las habían convertido en mitos, en historias maravillosas que, durante siglos, fueron transmitidas de boca en boca, generación tras generación.

Y las reacciones, a menudo insólitas, de los personajes que protagonizaban aquellas aventuras fascinantes se parecían tanto a las reacciones de muchas personas que Ida conocía, que la joven tenía la impresión de que, desde aquellas épocas remotas, la humanidad parecía haber cambiado mucho en las formas, pero muy poco en el fondo.

También le gustaban mucho las luces multicolores que alegraban los escaparates de las tiendas y de los locales de diversión; pero aún la fascinaba más el resplandor del sol tras unos días de lluvia, cuando el agua se llevaba la suciedad por las alcantarillas y la atmósfera se mantenía limpia y transparente durante unas horas.

Le encantaba oír el murmullo de las voces en las escaleras automáticas de los centros comerciales, los ecos que se perdían en la inmensidad de los parques artificiales o que se condensaban entre las paredes de los locales públicos; admiraba las prisas de los viandantes atareados, aunque ella nunca se dejaba vencer por las precipitaciones, e incluso sentía una cierta admiración por el caos circulatorio que se formaba todos los fines de semana, porque consideraba que todo aquello era una manifestación evidente de la diversidad y de la actividad frenética de los humanos. De manera que, a pesar de todos los inconvenientes, Ida era muy feliz en su ciudad, monstruosa pero

apacible como un enorme dinosaurio vegetariano.

Justo en el mismo instante en que Ida ponía su tarjeta codificada en la ranura de la puerta, los cilindros amarillentos y sucios que proyectaban las farolas se estremecieron; todas las luces de la ciudad parpadearon como los ojos infinitos de un animal mitológico y, en la lejanía, resonó un trueno tan impresionante y tan prolongado que su eco ahogó, durante unos segundos, las musiquillas insidiosas de los anuncios tridimensionales que sobrevolaban las calles de la ciudad durante todo el día y toda la noche.

Segundos más tarde, se puso a llover con tal intensidad que parecía que el mar hubiera decidido cambiar de domicilio.

A pesar de que se había salvado por los pelos de ponerse hecha una sopa, Ida lamentó su mala suerte mientras contemplaba, por la ventana del salón, la tupida cortina de agua que se llevaba hacia las alcantarillas de Anadia

los últimos vestigios de un verano que ella recordaría con simpatía y añoranza, por muchos motivos, pero que, para su país, y para el futuro en general, había sido catastrófico.

A principios de verano, Ida había terminado sus estudios primarios con unas notas bastante potables y sus padres, a pesar de que aún le exigían mucho más porque sabían que, si se esforzaba un poco, mejoraría notablemente su rendimiento, la premiaron con un viaje fantástico, primero en avión y después en barco, a las islas de la Atlántida.

Durante aquel mes de agosto, que resultó ser mucho más corto que los demás meses del año, Ida conoció a mucha gente interesante, hizo un montón de buenos amigos y disfrutó intensamente de la amistad, de la tranquilidad, del paisaje y, particularmente, del sol y de las playas.

Pero mientras ella se divertía, las montañas del norte fueron devastadas por centenares de incendios, accidentales

o intencionados daba lo mismo, puesto que el efecto era igualmente nefasto, que costaron la vida a algunas personas, sobre todo voluntarios que colaboraban en los trabajos de extinción, y convirtieron en cenizas las esperanzas de salvar unos bosques que, en otros tiempos, habían sido el orgullo de sus habitantes y habían sorprendido gratamente a los forasteros por la frondosidad con la que cubrían, preservaban y refrescaban las más altas cimas o los valles más recónditos.

Las cordilleras del este, menos espectaculares pero igualmente valiosas, habían sufrido unas pérdidas forestales muy considerables, a pesar de los esfuerzos de la gente, que no se resignaba a ver cómo sus paisajes se convertían en una réplica siniestra de los paisajes del infierno.

Incluso los páramos desiertos del sur, que ya no recordaban la sombra fresca de los árboles, habían visto cómo el fuego devoraba los arriesgados matos, zarzales y arbustos que habían

conseguido echar raíces en aquella tierra hostil, con vocación de desierto.

Aquella lluvia insistente, que hubiera sido una bendición durante el verano, se llevaba ahora los recuerdos de las vacaciones y estropeaba, de paso, los planes de Ida para el fin de semana que empezaba. Porque, precisamente ese fin de semana, sus padres habían salido de viaje por uno de esos asuntos aburridos que, a menudo, obligan a los adultos a realizar viajes que no quisieran hacer por nada del mundo.

Así que, vistas las circunstancias, Ida había decidido que aprovecharía la ocasión para disfrutar de su intimidad. Quería nadar un poco en la piscina cubierta de su barrio, pasear con sus amigas y criticar a sus amigos, mientras admiraban los vestidos de moda expuestos en las tiendas de lujo; también quería dormir hasta cansarse, escuchar algo de música y, sobre todo, ver televisión hasta que sus ojos se volvieran rectangulares como la pantalla. Pero, si continuaba el mal tiempo, se quedaría

sin poder salir de casa, no podría reunirse con sus amigas y, lo que es peor, quizá los encargados se vieran obligados a cortar el suministro eléctrico, como pasaba a veces cuando había tormenta, y eso le impediría llevar a cabo la parte más importante de su plan.

Pero, de la misma manera que los habitantes de las montañas del norte, los de las cordilleras del este y los del desierto del sur habían empezado a repoblar sus bosques al día siguiente de extinguir el último incendio, Ida tomó la determinación de afrontar los hechos con dignidad y diligencia, porque era partidaria de no perder nunca las esperanzas.

Mientras elegía un menú para cenar en el panel semanal y programaba con el ordenador la cocina inteligente que convertía cosas congeladas en sabrosos y nutritivos manjares, Ida repasó, uno a uno, los más de cien canales de televisión que llegaban a su casa a través del cable y de la antena parabólica, con la intención de encontrar un

programa musical que la animara mientras, afuera, continuaba diluviando.

Pero sólo pudo sintonizar correctamente una vieja emisora musical llamada MTV. Se trataba de una cadena con muchos años de historia que, de vez en cuando, sintonizaban sus padres para recordar los buenos tiempos de su juventud; pero la MTV únicamente emitía vídeos de la época jurásica, algunos incluso en blanco y negro, con gente que tocaba la guitarra, chicas que bailaban con sus cuerpos llenos de pinturas, chicos que recitaban textos en inglés a una velocidad vertiginosa y cosas así.

Encima, era época de elecciones y, por consiguiente, a aquella hora, considerada de máxima audiencia por los expertos, aunque todos los habitantes de Anadia parecían estar en la calle hacía apenas unos minutos, la mayoría de las emisoras, excepto las que se dedicaban en exclusiva a los deportes, emitían vídeos promocionales de sus candidatos. En realidad, aquellas inter-

venciones de señores muy serios y señoras acabadas de restaurar, que mentaban con una serenidad digna de mejor causa y creían tener en sus manos las soluciones de todos los problemas, parecían programas de humor que, al principio, tenían cierta gracia, pero a los diez minutos, aquellas imágenes idílicas, aquellas musiquillas dulces y pegadizas y, sobre todo, aquellos discursos vacíos y tópicos, terminaban por aburrir a las mismísimas ostras.

Además, la tormenta provocaba unas interferencias muy molestas en todas las cadenas, de manera que Ilda, francamente contrariada, decidió escuchar el último disco láser de REM, un grupo de ancianos que, a pesar de su edad proveya, aún componían canciones agradables y con algún contenido. Pero en aquel mismo instante, la emisión se interrumpió y, segundos más tarde, la pantalla gigante se iluminó con la presencia de un inquietante rostro femenino.

La imagen no era muy buena, pero se trataba, sin lugar a dudas, de una mujer singularmente bella, con una larga melena, dorada y sedosa, que caía lánguidamente sobre sus hombros de marfil, y con un cutis que parecía tan delicado como la mejor de las porcelanas. La mirada de aquella mujer parecía el único rasgo humano de su rostro, aunque resultaba perturbadora, como ocurre a menudo con la mirada de las personas inteligentes.

Ida permaneció unos segundos con la boca abierta frente al televisor, incapaz de reaccionar ante aquella imagen insólita que empezó a hablar y cuyas palabras, pronunciadas con una voz serena y cristalina, aunque para Ida resultaron del todo incomprensibles, sembraron el pánico entre la población.

—Aunque la orgullosa raza humana ya no merece mi respeto, ni mi consideración —declaró la bella dama, en tono solemne—, sé que aún hay algunos justos entre vosotros que merecen

sobrevivir. Por eso aconsejo a los habitantes de los valles y de las ciudades próximas a la costa que, esta misma noche, sin pararse a rescatar ninguna de sus propiedades terrenales y sin preguntar nada, se marchen al interior, lejos del mar; que suban a las cimas más altas de las montañas, a las sierras más abruptas, donde antiguamente vivían los árboles y donde, ahora, reina la más triste de las soledades... Procurad, pues, poner a buen recaudo vuestras vidas y recordad que solo aquello que habéis destruido podrá salvaros.

Cuando la bella dama terminó de pronunciar aquellas enigmáticas palabras, la retransmisión se cortó de repente, tan inesperadamente como había comenzado. Durante unos segundos, la pantalla se oscureció; después se oyó un fuerte silbido que anunció la aparición de una carta de ajuste y, a continuación, un locutor sonriente, pero visiblemente nervioso, pidió disculpas a los espectadores con voz insegura y temblorosa, recomendó calma y sereni-

dad, aseguró que nadie corría peligro y continuó hablando sin decir nada hasta que, por fin, tras unos segundos de angustiada espera, alguien le pasó una nota manuscrita con las palabras que debía leer. Entonces, el joven locutor aseguró que solo se trataba de una broma de los piratas audiovisuales, anarquistas peligrosos, empeñados en boicotear las elecciones y dispuestos a coartar la libertad de expresión de las grandes cadenas de comunicación, que no hacían más que cumplir con sus deberes cívicos al ofrecer al público las informaciones que necesitaba.

Pero Ida pensó que, si se trataba realmente de una broma de los piratas audiovisuales, esos peligrosos boicoteadores debían formar un grupo muy bien preparado y estaban perfectamente al corriente de las últimas innovaciones tecnológicas, puesto que, en cuanto empezó a cambiar de canal, llevada por la curiosidad, descubrió que todas las cadenas, esta vez sin excepción, habían sufrido aquellas extrañas interferencias, porque en todas

las pantallas había ahora locutores nervisos y sonrientes que trataban de calmar a sus audiencias con argumentos más o menos inverosímiles.

Los últimos acontecimientos no anunciaban, precisamente, una noche plácida y, puesto que las alternativas eran escasas, Ida sintonizó finalmente la MTV, para sentirse un poco acompañada mientras cenaba. Devoró literalmente la carne y comió también las verduras, porque le parecía escuchar a su madre, sermoneándola con las ventajas de una alimentación equilibrada y sana. A continuación, saboreó un helado de fresa que le supo a gloria y, finalmente, retiró la mesa, ordenó el comedor, ordenó los cubiertos en el lavavajillas, que se encargaría de guardarlos en su sitio después de desinfectarlos, y decidió que, tras la dura semana que había superado, merecía un buen descanso.

Llenó la bañera de agua tibia, añadió unas sales que tenían incontables virtudes terapéuticas y pasó más de media hora sumergida hasta el cuello, con los

ojos cerrados y la mente en blanco, dedicada exclusivamente a disfrutar de la agradable sensación que le producía el hidromasaje en todos los poros de su piel.

Así, casi sin darse cuenta, cuando terminó de secarse el cabello, corto pero muy espeso, ya era hora de acostarse y, como sabía por experiencia que si se metía en la cama alterada por tantas emociones no podría conciliar el sueño, Ida buscó su *walkman*, programó una grabación rápida de algunas piezas de música clásica y, finalmente, se decidió por una versión de las tocatas de Bach, interpretadas al clavecín por una virtuosa del instrumento. Era una música que siempre había fascinado a Ida, ideal para escucharla mientras se dejaba vencer por el sueño.

Pero, a pesar de todas las precauciones que había tomado y a pesar de que estaba muy cansada, aquella noche Ida no pudo dormir bien. Se despertaba a menudo, con los nervios a flor de piel, probablemente porque,

aunque ella no podía escucharla, intuía que la lluvia repicaba incesantemente sobre los tejados de la ciudad, con una insistencia enervante, como un animal atado que se lamentara de su condición de esclavo y gritara sordamente, pidiendo su libertad. Aquel sonido atenuado pero persistente podía, desde luego, convertir en un flan los nervios más templados.

Ya en plena noche, el cansancio derrotó a su imaginación y, por fin, Ida pudo dormir algunas horas sin interrupciones. Inducida, sin duda, por la música que había invadido lentamente sus sentidos y por las páginas de la Odissea que había leído antes de apagar la luz de su dormitorio, Ida soñó que navegaba en una nave antiquísima y frágil, en compañía del valeroso Ulises y de sus hombres, y que la nave iba a la deriva, guiada por los vientos y los dioses, víctima de los caprichos del mar, que la zarandeaba con su fuerza inconmensurable.

Y precisamente cuando, por una broma del destino, estaban a punto de llegar a Ítaca, después de haberse enfrentado a los cíclopes y a los cantos de las sirenas, después de haber superado con astucia las pruebas de Circe, después de haber escapado de los lotófagos y tras haber superado muchos otros peligros, Ida despertó con una sensación muy extraña. Había dejado de llover, pero el cielo seguía cubierto de nubes grises y hacía un poco de frío.

Ida tembló ligeramente, se arropó, perezosa, entre las sábanas que había apartado en el transcurso de aquella noche tan agitada y, cuando se disponía a darse la vuelta, reconfortada por la calor de su propio cuerpo y medio dormida aún, sintió un escalofrío que recorrió su columna vertebral y se incorporó de repente, como impulsada por un resorte.

¡Había visto el cielo dentro de su habitación!

Incrédula, se pellizcó un brazo, convencida de que seguía soñando, pero notó claramente el dolor y al incorpo-

rarse, con el corazón encogido y con un nudo en el estómago, descubrió que su sueño no había sido inducido únicamente por la música y la lectura, sino también por el movimiento. Porque su cama flotaba en la inmensidad del océano, como una nave a la deriva.

